

# LENGUAJE PRIMORDIAL Y POESÍA PURA

## (Aspectos comunes de Swedenborg y Juan Ramón Jiménez)

JOSÉ ANTONIO ANTÓN PACHECO

Con este breve trabajo queremos mostrar cómo unas determinadas concepciones filosófico-religiosas han podido influir (directa o indirectamente) sobre un campo en apariencia distinto y distante; en concreto, queremos mostrar cómo la idea de lengua de los ángeles -lengua originaria- ha podido estar presente en la génesis y desarrollo de la idea juanramoniana de poesía pura. Podemos ver, así, el funcionamiento de un paradigma teológico a través de algunas de sus determinaciones.

Existen dos formas de comprobar la presencia de Swedenborg en la obra y el pensamiento de Juan Ramón Jiménez. Una consiste en buscar las referencias directas que el poeta español haya hecho del teólogo sueco; y la otra consiste en analizar fenomenológicamente temas juanramonianos que puedan ofrecer una semejanza con tratamientos hechos por Swedenborg. Respecto al primer apartado, una sola cita explícita de Swedenborg hemos encontrado en los libros de Juan Ramón Jiménez. Se trata de *Jardines lejanos*, donde se dice:

*...pero es tu luz blanca, luna,  
paz, olvido hecho de amor,  
luz que tuvo la fortuna  
de alcanzar Swedenborg...<sup>1</sup>*

Se trata de una visión de Swedenborg típicamente simbolista con ecos románticos. La mención de Swedenborg coadyuva por otro lado a la creación de una atmósfera evocadora y sugerente, dada la idea que el simbolista poseía del sabio sueco<sup>2</sup>, pues su

---

1. *Jardines místicos*, en *Jardines lejanos*. Edición del Centenario, Madrid, 1982.

2. Juan Ramón Jiménez leyó a Swedenborg como lo demuestra el volumen que figura en la biblioteca personal del poeta en su casa museo de Moguer. El libro en cuestión es *Theology and Philosophy (The Divine Providence)*, intr. de Howard Spelaing. Londres-Nueva York, Dent-Dutton ed., sin fecha. En el interior del libro encontramos la firma de Juan Ramón y Zenobia y la fecha de 1920. Muy posterior, pues, a la primera edición de *Jardines lejanos*, 1904.

teoría de las correspondencias y representaciones es interpretada ahora no ya de una forma trascendente, sino relacionando sensaciones, recuerdos y evocaciones con sus correlatos en el mundo presente (y no en el trascendente como hacían los románticos swedenborgianos). En pocas palabras, para Juan Ramón Jiménez (como para la interpretación simbolista) las correspondencias son horizontales y no verticales, y dentro de esa horizontalidad se encuentra la figura de Swedenborg en cuanto que suscitadora ella misma de sinestesias<sup>3</sup>.

Pero existe otra forma de relacionar a Juan Ramón con Swedenborg, tal como nos referíamos al principio, y consiste ésta en acercar los dos autores en función de un semejante tratamiento de temas. Concretamente, el argumento que trataremos ahora va a ser el de la conexión de la idea de poesía pura con la de lengua originaria en Swedenborg. La noción de un lenguaje primigenio de la Humanidad es como se sabe un tema recurrente dentro de la historia sobre las concepciones del lenguaje (y que, por cierto, adquiere una gran vitalidad en el Romanticismo): ese lenguaje de los orígenes, lengua adámica pues, designaría el nombre exacto de las cosas y nos proporcionaría, por tanto, un contacto vital con lo nombrado, ya que en definitiva lo que aquélla tendría como cualidad fundamental sería el establecer una relación directa entre palabra y cosa apalabrada. Es ésta una vieja y mítica concepción según la cual la lengua madre estaría esencial y realmente motivada en su función nombradora. De ahí la connotación sagrada de esa lengua, pues de alguna manera coincidiría con la prístina revelación divina. Esa lengua originaria sería entonces la lengua de la aurora de la humanidad, la que mostraría la más directa comunicación entre Dios y los hombres. No es ajeno a esto la discusión sobre cuál pudiera ser la lengua positiva originaria y primigenia: si el hebreo, si el sánscrito, etc. También debemos unir a todo esto la consideración romántica de la poesía como un vestigio o derivación de la originaria lengua, así como el conglomerado de cuentos, leyendas y relatos populares que la laografía nos describe<sup>4</sup>.

En el caso de Swedenborg el nombre que recibe la lengua a la que nos estamos refiriendo es la de lengua de los ángeles, que era, por otro lado, la que hablaba la Antiquísima Iglesia, a la sazón la humanidad antediluviana que, según el pensamiento swedenborgiano, vivía en un estado de prístina apertura hacia lo divino (y por ello

---

3. Cf. Ana Balakian, *El movimiento simbolista*, Madrid, 1969. Para Swedenborg, mi *Un libro sobre Swedenborg*, Sevilla, 1991.

4. Una muestra de esta concepción del lenguaje la tenemos en Sebastián de Covarrubias: «De modo que la comunicación de entre los dos de allí adelante, fue mediante el lenguaje, no adquirido ni inventado por ellos, sino infundido del Señor, y con tanta propiedad, que los nombres que Adán puso a los animales terrestres y a las aves, fueron los propios que le competían; porque conociendo sus cualidades y propiedades, les dió a cada uno el que esencialmente le convenía (...) pero después del diluvio, con la confusión de lenguas, se olvidó aquélla, quedando en una sola familia, que Dios reservó de los demás (...) los cuales se llamaron hebreos y su lengua hebrea». *Tesoro de la lengua castellana o española*, prólogo Al lector. Edición a cargo de Martín de Riquer, Barcelona, 1987.

hablaba la lengua de los ángeles)<sup>5</sup>. En el plano exegético, el lenguaje de los ángeles designa el sentido más profundo de la Escritura, aquel que los ángeles conocen directamente sin mediación de ningún tipo (la Biblia para esta ideología teológico-lingüística adquiere el papel de vestigio fundamental y privilegiado de la lengua originaria):

*Me dijeron (los ángeles) que el primer idioma que los hombres hablaron en nuestro planeta fue de esta misma naturaleza, pues provenía del Cielo, y añadieron que la lengua hebrea concuerda con el idioma del Cielo en determinados aspectos. Todos los Nombres en la Escritura significan cosas y son cambiadas en el Cielo por las ideas de las cosas que significan.*<sup>6</sup>

Al ser este lenguaje (y por tanto también esa forma de interpretación bíblica) el más originario, es también en consecuencia el correspondiente a la humanidad más originaria (o al estado de conciencia -el «eón»- que pudiera designar la imagen de humanidad adamita).

El interés del Romanticismo por las formas prístinas de expresión en lo que tienen de revelación originaria y de fuente de todos los subsecuentes modos narrativos y lingüísticos, lo vemos reflejado en la gran cantidad de figuras intelectuales interesadas y estudiosas del tema<sup>7</sup>. La dilucidación de la lengua originaria comportaba la dilucidación de la Revelación originaria misma, pues es evidente que ambas se identificaban. Y de aquí se deducía, como hemos dicho, todo el conjunto de relatos tradicionales y populares, y la misma poesía que alcanzaba así el estatuto de primera lengua del género humano. Por otro lado, la importancia dada a la lengua originaria residía en lo que implicaba su habla por parte del hombre. Detentar aquella mítica lengua significaba estar abierto a la realidad esencial de las cosas y que las cosas estaban abiertas a la comprensión (al nombramiento, pues) por parte del hombre. Mediante la lengua originaria el hombre nombra esencialmente, esto es, entra en comunicación directa con la esencia íntima de lo real: nombra a las cosas tal como son y por tanto el lenguaje está motivado. Es la

---

5. «Me ha sido dicho que la primera lengua de los hombres sobre nuestra tierra concordaba con la lengua angélica porque venía del Cielo, y que la lengua hebráica tenía con ella algunas relaciones» (De Coelo, 237); «Me ha sido dicho que los Antiquísimos sobre esta tierra, antes de la aparición de las letras tenían una semejante escritura, y que había sido transferida en las letras de la lengua hebrea» (ibid., 260)

6. *Sapientia angelica de divino amore*, 280.

7. Nos llevaría demasiado lejos una enumeración de todas ellas. Nos remitimos, para una inteligente presentación del tema, a Antoine Berman, *L'épreuve de l'étranger*, París, 1984; Georges Gusdorf, *Les origines de l'herméneutique*, París, 1988; Isidoro Reguera, «La teoría del lenguaje en M. Roso de Luna y Bover: la cuestión del lenguaje primitivo o del origen del lenguaje», *Mario Roso de Luna. Estudio y opiniones* (Coordinador Esteban Cortijo), Cáceres, 1989.

«*lingua volucris*» de tantas leyendas, reflejada también en mitemas tales como el que hace que la humanidad anterior a la caída pudiera hablar con los animales, metáforas todas de la radical transparencia ontológica del mundo que, con respecto al hombre, denota aquella comunicación lingüística. La lengua originaria sería en última instancia la expresión mito-poética por la que el Sentido se hace presente al hombre a través de las cosas y el hombre mismo se abre a la instauración y recepción de ese Sentido. Por eso la lengua originaria, la poesía misma, pues, es Revelación; y de ahí la conexión de este tema con la Biblia, los mitos y leyendas tradicionales, etc: muestras o huellas, exponentes, en fin, de la lengua primigenia de la humanidad. No son ajenas a estas especulaciones las referencias a la Cábala en su significado más profundo y la misma presencia de ésta en autores y preocupaciones acerca del lenguaje en su dimensión trascendental, pues la esencia de la Cábala consiste en dilucidar sobre el lenguaje como universal participación del hombre en la emergencia del Sentido que se manifiesta en cuanto que logofanía<sup>8</sup>.

Pues bien, en el caso concreto de Swedenborg, el nombre que toma este lenguaje originario es el de lengua de los ángeles, ya que lo que hace el sabio sueco es atribuir al lenguaje angélico todas las notas que otros autores han atribuido al lenguaje originario universal (que a su vez es un mitema que representa al lenguaje como trascendente). Esto es perfectamente coherente con el sistema total swedenborgiano, ya que si para éste todo lo angélico significa la máxima plenificación humana, concluimos que la lengua de los ángeles es la lengua humana en su aspecto más plenificado. Es un síntoma de ello el que el lenguaje de los ángeles comprenda directamente, sin mediación simbólica, el sentido interior bíblico, ya que ambos coinciden: en efecto, y esto demuestra a las claras el elemento exegético del pensamiento swedenborgiano, el lenguaje de los ángeles representa el sentido *actual* de la Biblia, esto es, la hermenéutica restauradora que hace presente el sentido. También es muy consecuente, pues, que la humanidad de estado adámico, la *Antiquissima Ecclesia*, el hombre que vive más cercano de Dios, tenga la lengua más próxima al lenguaje de los ángeles, y por tanto pueda profundizar en los estadios más interiores de los significados bíblicos: «*Entre los muy antiguos, que vivieron antes del Diluvio en el tiempo que ha sido llamado Edad de Oro, la Revelación era inmediata, y por consiguiente la Divina Verdad estaba inscrita en sus corazones*»<sup>9</sup>. En resumidas cuentas, esta lengua de los ángeles (lengua primordial e ideal para Swedenborg), esta

---

8. La Cábala en cuanto que tradición (parádosis) significa la constante vivificación del sentido, que se mantiene como tal por la permanente actualización que la comunidad viviente hace de él. Así, la Cábala es restauración del sentido, escatología realizada del sentido. De esta manera, la Cábala se convierte en paradigma de toda hermenéutica, y al mismo tiempo se pone de manifiesto la relación genética y sistemática entre aquella, la exégesis bíblica y la cuestión del origen del lenguaje (ni que decir tiene que para la Cábala el lenguaje primigenio es motivado). Estas conexiones ya las supo ver Hamann al referirse a su *Aestetica in nuce* como una «rapsodia en prosa cabalística». Dentro de este mismo orden de cosas se encuentra nuestra aproximación al tema: «Aspectos de Eranos», de próxima aparición en la revista argentina *Epimeleia*.

9. *De equo albo*, 6. Cf. *Arcana Coelestia*, 2896, 2686, 2897, 10355, 10632.

Revelación inmediata y sin intermediarios, es aquella que transluce la interioridad misma del hablante, lengua que es, pues, pura espontaneidad de la conciencia<sup>10</sup>.

Una lengua universal, una lengua que muestre directamente tanto el sentido mismo (paradigmáticamente, el sentido bíblico) como la inmediatez de la interioridad del sujeto, adquirió en Swedenborg la característica de una *mathesis universalis* que de un modo positivo se reflejaba en su idea de *Clavis Hieroglífica*<sup>11</sup>, plasmación concreta de lo que para él debió ser una lengua motivada, una de las más cercanas posibles a la lengua angélica.

Nuestra tesis estriba en establecer una relación entre la noción de lengua original o lengua angélica con la noción de poesía pura de Juan Ramón Jiménez; relación que sería tanto fenomenológica como histórica, como apuntábamos más arriba.

Según Blasco<sup>12</sup>, la influencia de Swedenborg en Juan Ramón Jiménez es notoria en lo que respecta al significado de conciencia del poeta moguerño, significado que comienza a deslindarse a partir de *Eternidades*, es decir, a partir de lo que podríamos llamar el Juan Ramón Jiménez metafísico. Ahora bien, precisamente también a partir de *Eternidades* comienza, y sin duda en relación con la idea de conciencia, a tomar carta de naturaleza en Juan Ramón la cuestión del lenguaje poético como palabra exacta de las cosas, esto es, la noción de poesía pura. Históricamente hablando, existe una línea conductora que religa las especulaciones sobre el lenguaje universal con las ideas acerca de la poesía como reconstrucción o construcción (según el caso) de aquel lenguaje

10. Las palabras de este lenguaje son simples, directas, intuitivas, universales y manifiestan cualidades internas del que habla (es un lenguaje que se identifica, pues, con la conciencia): «...Pero la razón es que el lenguaje con el que están familiarizados los espíritus no es un lenguaje de palabras, sino un lenguaje de ideas de pensamientos; y este lenguaje es el más universal de todos los lenguajes». Op. cit. 1637. Más adelante tendremos ocasión de volver sobre esto mismo.

11. En efecto, *Clavis Hieroglífica* es el título de un libro de Swedenborg escrito en su etapa científica (el manuscrito data de 1741; fue publicado póstumamente en Londres en 1784), lo que demuestra que el interés del sabio sueco por temas de matiz teológico-lingüístico viene de lejos. En esta obra Swedenborg intenta dar una llave interpretativa de las analogías entre los diferentes simbolismos bíblicos, míticos y oníricos (considerados como huellas de un lenguaje originario), esto es, intenta la configuración de una *mathesis universalis* (en esto Swedenborg no es ajeno a la influencia de Wolff y Leibniz). De hecho, la estructuración de una *mathesis universalis* a modo de código común para todos los estudios de la realidad, es uno de los proyectos nucleares de la obra toda swedenborgiana. Cf. Inge Jonsson / Olle Hjern, Swedenborg. *Sökaren i naturens och andens världar. Hans verk och efterföljd*. Estocolmo, 1976. (Traducción de Carlos Liscano ad usum privatum pro manuscrito). Significativamente, Hamann, quien aún de manera ejemplar hermenéutica y problemática existencial, habla asimismo de hieroglifos: «Hablar es traducir...de una lengua angélica a una lengua humana, es decir de pensamientos en palabras, de cosas en nombres, de imágenes en signos, que pueden ser poéticos o kiriológicos, históricos o hieroglíficos, filosóficos o característicos» (Aestetica in nuce, traducción, introducción y notas de Hemy Corbin en el monográfico de *Cahier de l'Herne*, dedicado a Corbin, p. 196, París, 1970. Del mismo modo dice Teodoro Ranke: «Cada acción da testimonio de El, cada instante anuncia su Nombre, sobre todo, me parece, la articulación del conjunto de la historia. El está presente como un hieroglífico sagrado» (carta a Heinrich Ranke, citado por GUSDORF en op. cit., p. 225)

12. Así lo afirma en su introducción a Juan Ramón Jiménez, *Selección de prosa lírica*, p. 57, Madrid, 1990; y también en la introducción a Juan Ramón Jiménez, *Antología poética*, p. 80, Madrid, 1987.

prístino. En efecto, consideramos que tras la noción de poesía pura subyacen las teorías románticas de la poesía en cuanto que mítico lenguaje adámico. De hecho, para los románticos la poesía era lo que nos había quedado y lo que nos era concedido recuperar de aquella lengua originaria, ya fuera mediante la inspiración de los poetas, ya fuera lo que la investigación hallara en las formas populares, en el material compuesto por leyendas, cuentos y relatos tradicionales (cuentos de hadas, romances, etc.). Más tarde, a partir del simbolismo y de Mallarmé, ya no se trata tanto de recuperar la lengua originaria y esencial como de recrear aquélla: es sin duda una visión desacralizada del tema. Juan Ramón debe mucho a esto último, pero también consideramos que hay en nuestro poeta un impulso metafísico por recuperar de alguna forma la palabra esencial de las cosas, es decir, la experiencia de la apertura fundamental de la realidad que es la que proporciona el nombre exacto de las cosas: la experiencia del logos en definitiva:

*¡Palabra mía eterna!  
¡Oh, qué vivir supremo  
-ya en la nada la lengua de mi boca- (...)  
(Eternidades, 137)*

*¡Quisiera que mi libro  
fuese, como es el cielo por la noche,  
todo verdad presente, sin historia. (...)  
(Piedra y Cielo, 119)<sup>13</sup>*

Pero es sobre todo la relación fenomenológica la que para nosotros posibilita el cotejo entre el concepto de lengua de los ángeles en Swedenborg y la idea de poesía pura en Juan Ramón Jiménez. ¿Acaso no afirmaríamos gustoso el poeta español para su definición de poesía pura lo que el visionario sueco afirma de la lengua de los ángeles?:

*(...)ellos (los ángeles) pueden expresar con una sola palabra aquello para lo que el hombre necesitaría mil<sup>14</sup>. (...) ellos (los ángeles) pueden expresar con algunas palabras lo que ha sido escrito en varias páginas, porque el lenguaje de los ángeles procede inmediatamente de su afección<sup>15</sup> (...) pueden expresar en un minuto lo que los hombres necesitarían una hora. Hay en la lengua de los ángeles una tal armonía que difícilmente puedo describirla. Nace esta concordia de la difusión de todos los pensamientos de amor y de bondad mediante el vehículo del idioma celestial que, a su vez, se adapta y conforma a la figura del Cielo<sup>16</sup>.*

13. Cito a Juan Ramón Jiménez por la edición de Agustín Caballero, *Libros de poesía*, Madrid, 1979.

14. *De Coelo*, 239.

15. *Ibid.*, 240. Cf., *Arcana Coelestia*, 1641-45, 4609, 7089.

Según la lógica interna del sistema swedenborgiano, si la dimensión angélica representa la plenificación de lo humano, la lengua de los ángeles significa en consecuencia la lengua humana plenificada, tal como dijimos más arriba. Y también según la lógica interna del mismo sistema, la plenificación de la lengua implica su reducción a conciencia, a interioridad, que es en definitiva lo que viene a hacer Swedenborg cuando describe su lengua celeste: ésta es puro movimiento de la conciencia: intuitiva, directa, simple, instantánea, interior, motivada.

Ahora bien, estos factores descritos atañen directamente a la idea de poesía pura juanramoniana, pues la lengua esencial en versión swedenborgiana se amolda a las características fundamentales de nuestro poeta, pues en última instancia la poesía pura representa la nueva afloración de la vieja idea de un lenguaje que haga presente la íntima realidad de las cosas:

*¿Dónde está la palabra, corazón,  
que embelleza de amor al mundo feo;  
que le dé para siempre -y sólo ya-  
fortaleza de niño  
y defensa de rosa?*

*(Belleza, 86)*

Y también para Juan Ramón Jiménez el binomio lengua originaria-poesía pura adquiere la dimensión de conciencia, es pura conciencia en la medida en que establece la comunicación directa entre el poeta, el mundo y los hombres, esto es, la espontaneidad de una experiencia en el trato con la realidad. Eso es lo que expresa la comunidad entre el nombrar y la conciencia, y esto es lo que posibilita la identificación de la poesía pura como palabra esencial de las cosas<sup>17</sup>:

*De todos los secretos blancos, negros,  
concorre a él en eco, enamorada,  
plena y alta de todos sus tesoros,*

---

16. Ibid., 242, Cf., *Arcana Coelestia*, 7191: «(...)La forma del cielo es representada en el discurso angélico, y por lo tanto en todo discurso angélico hay una armonía de canciones y forma una unidad como una palabra de una sílaba. Y me ha sido dicho que la razón de esto es que todas y cada una de las cosas en los cielos tienen relación con Dios uno como su fin. Por lo que es evidente que cada cosa del pensamiento y del discurso consecuente fluye a través del cielo del Señor y de aquí que haya una armonía en el discurso que concluye en unidad». Es interesante esta relación que establece Swedenborg entre finalidad y unidad como características del lenguaje angélico (esto es, el lenguaje originario o ideal): «El lenguaje de los ángeles es el lenguaje de los fines» (ibid., 1645), Para todo esto, asimismo ibid., 1008, 1869, 4946, 6613-18, 10355.

17. Nosotros hicimos una aproximación al tema en «Juan Ramón, Espacio, Píndaro», en *Capela*, nº 13 (1982), p. 4-8. Cf., Eliacer Cansino, «Lectura hegeliana de Juan Ramón Jiménez», en *Er*, nº 1 (1985), p. 43-51.

*la profunda, callada, verdadera  
palabra,  
que sólo él ha oído, oye, oirá en su vigilancia.  
La carne, el alma una de él, en su aire,  
sólo entonces palabra:  
principio y fin,  
presente sin más vuelta de cabeza,  
destino, llama, olor, piedra, ala, valederos,  
vida y muerte,  
nada o eternidad: palabra entonces.*  
*(La estación total, 14)*

Estos poemas que hemos citado cierran un libro o un ciclo poético, y a modo de conclusión suponen una reflexión sobre lo que es sujeto y objeto últimos del poetizar: la palabra poética misma, la cual, en un proceso circular, posibilita el poema y se culmina a sí misma con la creación misma del poema; por lo que estamos ante una reducción o asimilación del ser con el lenguaje y la conciencia, y en consecuencia, ante la consideración del poeta como demiurgo o participante al menos de esa realidad demiúrgica. Llegados a este punto, habría que entrar en la cuestión, ardua y debatida, del posible misticismo o panteísmo de Juan Ramón Jiménez, aunque como es lógico no podemos abordar aquí este problema. Dejemos constancia tan sólo de que lenguaje y conciencia forman parte sustantiva de una hipotética visión mística o religiosa de Juan Ramón, y son de esta manera piezas esenciales para conocer este aspecto tan importante de la obra y vida de nuestro autor. Digamos, sin embargo, que para Juan Ramón Jiménez el lenguaje esencial de las cosas, la poesía pura, se concibe más que nada como construcción del poeta mismo, ubicándose así en una filiación mallarmeana, tal como parecen indicar estos versos:

*A un poeta  
(para un libro no escrito)*

*Creemos los nombres  
Derivarán los hombres  
luego derivarán las cosas.  
Y sólo quedará el mundo de los nombres,  
letra del amor de los hombres,  
del olor de las rosas.  
Del amor y las rosas  
no ha de quedar sino los nombres.  
Creemos los nombres.*

*(Poemas impersonales. Leyenda, 412)*

Fenomenológicamente, pues, lengua originaria, lengua de los ángeles y poesía pura pueden colocarse en una misma escala o secuencia representativa: todas ellas se refieren a una semejante experiencia sobre el sentido. Históricamente, el ámbito del que surge la concepción de la poesía pura (de toda la poesía contemporánea, según algunos) es deudor de aquellas especulaciones sobre un lenguaje originario y universal, estuviese éste concretizado o no en una lengua particular.

En definitiva, para Swedenborg el prístino lenguaje significa su equiparación con el movimiento espontáneo de la conciencia. De forma análoga, hablar de conciencia universal supone también y de manera ineludible, hablar de la poesía pura como lenguaje de esa conciencia universal, si no la identificación entre ambas nociones. En este sentido consideramos a Juan Ramón Jiménez como continuador de la problemática suscitada y desarrollada, entre otros, por Emanuel Swedenborg. Podemos, entonces, trazar una línea de continuidad, tanto desde un aspecto fenomenológico como histórico, entre categorías como lenguaje originario, lengua de los ángeles y *mathesis universalis*, manifiestas todas ellas en Swedenborg; y según lo visto, insertaríamos en esa misma filiación la poesía pura de Juan Ramón Jiménez en cuanto que transformación, desarrollo o eco de aquellas mismas categorías. Así, pues, ¿poesía pura como *mathesis universalis*? Bien pudiera ser ese el significado profundo de aquel verso juanramoniano: «*El nombre conseguido de los nombres*» (*Dios deseado y deseante*, 2)